

JAIME SILES

## ELEGÍA Y ANÁLISIS A 33 REVOLUCIONES POR MINUTO

A JAIME GIL DE BIEDMA

(CARA A)

Algo, algo  
que gira entre las márgenes del tango  
me hace pensar, sentir la rotación  
de las horas, los días y los años  
que la aguja del tiempo en sus meandros  
deja en el *baffle* fiel del corazón.  
Como lejanos huéspedes extraños  
oigo llegar, en ecos supitaños,  
el *back-pay* postal de su canción—  
verdín de bronce, musgo de castaños,  
opalescentes ríos, cielos blandos  
que la memoria fija en la emoción  
de aquel que fuimos y de los estaños  
que la ceniza añade a los engaños  
del *trompe-l'oeil* de la imaginación  
en una interacción de dos binarios  
ejes correlativos, solidarios  
con su sistema de representación.  
De manera que dos abecedarios  
—dos esferas distintas, dos horarios—  
simultáneos anotan la ficción  
del poema que, con su solitario,  
construye su persona en el herbario  
de la lengua, como una sucesión  
de imágenes, en la que el secundario  
eje se convirtiera en el primario  
y el primario en su suplantación.  
Como dos capitanes de corsarios  
que mandaran taimados emisarios  
a capturar su viejo galeón  
y recibieran, entre fuegos varios,  
todos los proyectiles incendiarios  
desde una misma y doble dirección  
sin que las jarcias de los misionarios,  
tras navegar todos los estuarios,

llegaran a encontrar al galeón,  
sino los restos sólo de sextarios,  
de velas y de balas y de varios  
aguajes de la estela del timón.  
Así también hay en los diccionarios  
un compendio de términos viarios  
para llegar al modo de expresión.  
Pero fundar el yo sobre los daños  
del otro yo vivido son engaños  
de la persona — poema, sensación  
del lenguaje que dice que Cipango  
es lo mismo que dicen que es Japón.  
Yo quisiera anular el yo de ambos,  
herirlos, destruirlos, enterrarlos,  
si ese disco que suena y ese tango  
de las horas, los días y los años  
no me hiriera, al girar en sus meandros,  
con su aguja también el corazón.  
Por eso digo que, en ese tango,  
como lejanos huéspedes extraños,  
verdín de bronce, musgo de castaños  
me hacen sentir, *vivir* la vibración  
de un yo que vuelve tras de muchos baños  
para secarse al sol sus desengaños  
en el poema — yo de su ficción.  
La inteligencia quiere, en el binario  
eje de su sistema carcelario,  
renunciar a su convicta contención:  
que suenen mares y que los corsarios,  
capitanes de los abecedarios,  
recuperen su viejo galeón,  
mientras la lenta música del tango  
—que dice que Japón sí es Cipango—  
me hiere con su aguja el corazón.

## (CARA B)

El paso de los años deja brillos,  
fulguraciones ígneas de metal,  
en los contornos de los amarillos  
ojos con que miramos un cristal  
que, por su transparencia, ha diluido  
aquel que era en otro yo que está,  
como la imagen misma de lo sido,  
en la metáfora, no en la identidad—  
que iguala montes, unifica ríos,  
planos y líneas dentro del disfraz;  
que el sol detiene, pero no sus rayos;  
que el mar contiene, pero no su sal;  
que finge hojas, pero no los tallos;  
que traza trazos sin formar el haz  
de la materia y de la memoria,  
sino el sistema nemo - nominal  
que hace a los somas de los soles sidos  
tener los semas de una luz de gas.  
Como un flacre que, entre sus ruedas,  
sintiera el vértigo del animal  
unir los radios, recorrer las huellas  
con cascabeles

de la velocidad.

Como la efigie de las monedas  
en curso, este discurso —río y caudal—  
recorre el cauce hasta el vacío  
en un sentido direccional  
inverso al cieno de aquel bajo:  
va a su principio, no a su final.  
Runas en ramas de líquidos pinos,  
distancias rayadas, ecuación total  
de aquello que somos y aquello que fuimos  
en los remolinos de la boreal  
aurora que ríe en los torbellinos  
fúlgidos de sonos por la vegetal  
vidriera que rima rojos resplandores,  
numínicos nombres, polvo sideral—  
en las paradas de las estaciones  
el pasado cobra —¿cobra?— toda su unidad  
cuando navegamos por mares de bruma,  
con viento contrario y la tempestad  
azota las flancos, golpea la quilla,  
descofia las gavias, rompe el cuadernal  
y tiembla el codaste y vemos la hebilla  
que cierra en su broche la noche final  
a que hemos llegado, miniados de bronce,  
con la voz marchita, llena de alquitrán.

Como dos corsarios, presos, que dijeran  
*Tololocoluma, Qimpapatupal*  
a los dos canibales que se los devoran  
en los dos ahoros de un mismo tam - tam.  
Con el rumbo puesto al pie del idioma  
escribo estos versos que piden piedad  
a las néveas nubes de rosados brillos  
en los contornos

de los amarillos

ojos con que miramos un cristal  
que, por su transparencia, ha diluido  
el paso de los años y los brillos  
en los insomnes signos de la edad.  
Saber que, como todos, nos morimos,  
saber que somos comas nada más,  
saber que los semas —ya lo vimos—  
ponen sobre los somas luz de gas,  
es la transparencia dura que vivimos  
quienes nos empeñamos y quisimos  
hablar deliberadamente impersonal  
en un lenguaje que dijera "Míos  
son los montes, los campos y los ríos,  
*Prohibido el paso, No cazar,*  
la intimidad de los escalofríos  
no constituye en sí los objetivos  
del poema infinitesimal:  
el poema consiste en los desvíos  
que una bala describe en los vacíos  
ángulos

de trayectoria sin final;

es un error de cálculo de tiro  
pensar que la bala el objetivo  
que se ha propuesto debe alcanzar;  
es mejor dispara errando el tiro  
para así corregir el objetivo  
que es —no nuestro cálculo de tiro—  
el que está colocado mal, muy mal".  
Ahora que los años dejan brillos,  
Jaime, te digo, viejo colegial,  
que somos somas porque somos sinos,  
que somos signos porque somos más  
simas del lodo de nosotros mismos  
borrados por la sed de los abismos  
mientras el día es todo claridad.